

LA GUERRA DEL YEMEN Y LA PRESION ISRAELI

La guerra del Yemen, geográficamente limitada y provocada en su origen por la oposición de algunas tribus al régimen republicano que en septiembre de 1962 instauró el general Sallal mediante un golpe de Estado, por sus repercusiones y los temores de varios países ante su posible extensión, adquirió carácter internacional. De suerte que ese oscuro país de la parte meridional de la Península arábiga, con su superficie tres veces menor que la de España, sus 4.500.000 habitantes y sus desiertos, que lo convierten en una de las regiones más subdesarrolladas del mundo árabe, tuvo en su día los honores de la actualidad candente. Posteriormente, nunca dejó de ser tema de interés, en la medida en que era inquietud, si bien los acontecimientos destinados a acaparar la atención mundial se multiplicaran, relegándolo a un segundo término que no menguó la importancia de ese conflicto aparentemente civil.

Recordamos que el Imán El Badr, que se salvó de las ruinas del bombardeado palacio, fué quien organizó, alentó y dirigió la resistencia de las tribus adictas no tanto acaso al régimen monárquico como a la familia de los imanes zeidíes. La oposición a la peculiar democracia del general Sallal (sólo en el curso de la campaña ostentó el de mariscal) acercaron a Sanaa y El Cairo, ya unidos por afinidades ideológicas y de objetivos. La ayuda militar egipcia, al principio mesurada y relativamente discreta, a tenor de la prolongada lucha se fué convirtiendo en apoyo declarado, del que sólo fue una etapa el acuerdo firmado en El Cairo en julio de 1964 entre el presidente Nasser y el general Sallal para coordinar sus actividades en los terrenos político, militar, económico, social, cultural y de propaganda, como un paso "hacia la unidad completa". No por ello salió malparado el principio de la no intervención en los asuntos internos de otro país, pues las violaciones más flagrantes se presentaron como acuerdos entre países libres y sobe-

ranos, aunque la soberanía del Gobierno de Sanaa sólo fuera realidad en una parte del Yemen de límites imprecisos, como trazados por la guerra de guerrillas practicada por las tribus monárquicas, hasta que las fuerzas en presencia se estabilizaron en una línea discontinua. Es decir que hace más de un año se había llegado a la conclusión de que por sus propias fuerzas el Yemen republicano no estaba en condiciones de derrotar la activa oposición monárquica sostenida principalmente por la Arabia Saudita y, en menor proporción, por Siria. La perseguida victoria de las armas republicanas precisaba una ayuda sustancial, por no decir total, de la R. A. U., que, paulatinamente, se enzarzó en un conflicto cuya duración y desalentadoras dificultades no se podían prever cuando el presidente Nasser se puso al lado del general Sallal. Tal suele suceder con todos los conflictos, por mínimos y localizados que éstos sean. La R. A. U. no regateó su creciente aportación, drenando hombres, armas y, naturalmente, dinero hacia el Yemen republicano con el fin de asentar sólidamente el régimen en todo el país, pues éste era el primer objetivo de una operación ulterior de mayor envergadura dirigida contra la Federación de Arabia del Sur, como el presidente Nasser expuso sin rodeos en ocasión de su viaje a Sanaa en abril del año pasado: "Juramos por Dios que arrojaremos a Inglaterra de todas las zonas de los países árabes en que se encuentra." Remachando el clavo, el Ministerio de Asuntos Exteriores de la R. A. U. publicó acto seguido un comunicado en el que se puntualizaba que la evacuación pedida por el presidente Nasser era conforme a las resoluciones de la O. N. U. Por otra parte, solicitada por la R. A. U. la convocatoria urgente de una reunión de la Liga Árabe "con vistas a examinar el problema de la agresión británica contra el Sur de Arabia ocupada", en sesión iniciada el 18 de mayo se votó por unanimidad una moción por la que se acordaba aportar "todo el apoyo a la liberación del *Sur del Yemen*", o sea, Aden y los territorios de Arabia del Sur. No cabía mayor claridad en el señalamiento de objetivos ni mayor precaución para arropar con el arabismo una operación destinada a lograrlo, lo cual, en definitiva, hubiera sido un éxito para la R. A. U. Londres se negó a discutir el problema, a pesar del apoyo que para El Cairo representó el que Jrushev, en su viaje al país del Nilo en la primavera del año pasado, declarara ante la Asamblea Nacional que la U. R. S. S. compartía la posición árabe respecto a la liquidación de las bases extranjeras. Acto seguido, los Estados Unidos prometieron ayuda económica y técnica a Israel. Se trataba no sólo de replicar a la actividad soviética en el Oriente Medio, oponiéndose diametral-

mente a ella, sino de restablecer un equilibrio que se le aparece a Washington como la mejor garantía de paz en un sector del mundo por el que tiene primordial interés en razón de sus vías de comunicación, de las inversiones petrolíferas, del temor a la expansión comunista y, finalmente, de la seguridad de Israel, cuya vinculación con los Estados Unidos es bien conocida. En esta compleja situación se inserta, como una toma de posición egipcia aún más firme, el comunicado conjunto hecho público después de la visita a El Cairo del jefe del Gobierno del Iraq, Abdul Salam Arif, en el que se declaraba que ambos países se habían comprometido a facilitar "una ayuda material y moral a la Arabia del Sur ocupada, a Oman y al resto de la nación árabe". Pero aquella declaración recordaba al mismo tiempo la necesidad de escalonar los objetivos perseguidos por el presidente Nasser, o sea establecer un Yemen totalmente republicano, estrechamente ligado a la R. A. U., que sirviera de base y punto de partida para la liberación de los territorios árabes englobados en la Federación de Arabia del Sur, Oman y Aden.

La creación de la Federación de Arabia del Sur forma parte del programa de descolonización de Gran Bretaña. Puede equipararse a la creación de la Federación de Malasia, que suscita las iras del presidente Sukarno, como la de Arabia del Sur, las del presidente Nasser, desempeñando en ésta la base militar de Aden el papel que desempeñaba en la otra la base militar de Singapur. La finalidad perseguida por Gran Bretaña al crear esa Federación era clara: constituir con una serie de emiratos, sultanatos y diminutos territorios un Estado lo bastante fuerte como para resistir los empujes del resto del mundo árabe y amparar al protectorado de Aden, ocupado por Gran Bretaña en 1839. Tal Federación se constituyó en febrero de 1959, con 11 de los 25 emiratos de la Arabia del Sur bajo protectorado británico. No fué una sorpresa el que Aden fuera autorizado en enero de 1963 a unirse a la Federación. Pero las dificultades a que dió lugar la puesta en marcha de esa nueva entidad política unido al ingreso en ella de Aden aconsejaron que se estableciera una nueva Constitución, la cual preveía la creación de un Estado democrático de estructura federal que accediera a la independencia en 1968, pasando entonces a formar parte de la Commonwealth. En cuanto a Aden, pese a su nuevo estatuto, se acordó su mantenimiento como base militar británica.

Los primeros fallos de esa delicada maquinaria se evidenciaron espectacularmente con la retirada de la Federación del Sultanato de Fadhli, en el

verano de 1964. Su sultán se trasladó apresuradamente de Londres a El Cairo, donde denunció el "complot" británico, tal vez por estimar que era llegado el momento de adelantarse a los acontecimientos que parecían inminentes. En efecto, las incursiones egipcio-yemeníes en el territorio de la Federación, la agitación interna y los atentados menudeaban, al extremo de que el Gobierno federal solicitó ayuda militar británica para hacer frente a la situación. Todo ello podía llevar a la conclusión de que Gran Bretaña no lograría mantener esa Federación, no más que otras¹. La tensión en aquellos territorios llegó posteriormente a tales extremos que el Consejo de Seguridad fué alertado, interviniendo en la cuestión sin resultados prácticos. Es más, de acuerdo con las resoluciones adoptadas en la Conferencia de Jefes de Estado de los países árabes de septiembre de 1964, se había creado un Comité de la Liga Árabe que, reunido en marzo de 1965, votó una ayuda de 800.000 libras egipcias destinadas a la liberación de Aden y de Arabia del Sur. Ante una situación que se hacía más violenta por días, el Gobierno británico tomó la decisión de aplicar una solución unitaria antes que un sistema federal, convocándose al efecto una Conferencia fijada para marzo de 1965, que no se ha celebrado. Entretanto, el Gobierno de Aden, encabezado por el doctor Malawi, ha solicitado su autonomía.

La confusión y la incertidumbre reinantes en el seno de la Federación, en cuyo territorio se practica una activa propaganda pro-árabe y numerosos actos de terrorismo organizados por el Frente Nacional de Liberación con sede en El Cairo, parecían crear un ambiente propicio para los propósitos del presidente Nasser de liberar el Sur de Arabia, no exactamente para unirlo al mundo árabe considerado en su conjunto, sino para sumarlo a ese sector arábigo por él capitaneado que ostenta el rótulo de socialista y cuyo dinamismo es incuestionable, si bien no lo sea tanto el acierto de su estrategia política, dadas las complicaciones que origina. Además, ese socialismo adolece de cierta tendencia a la dispersión de los esfuerzos, como consecuencia de una desproporción entre los intereses verdaderos y las posibilidades de la R. A. U. y la magnitud de los objetivos que se esfuerza en presentar como siendo los del mundo árabe. Porque es bien sabido que la apelación "mundo árabe" no es una definición precisa, sino que corresponde a

¹ La fórmula federal no arroja afortunados resultados para Gran Bretaña. Después de fracasar en Somalia, en Rhodesia, en Niasalandia, en las Antillas y en Malasia, no parece llevar mejor camino la Federación de Arabia del Sur.

un concepto un tanto vago que no refleja una realidad homogénea y cuyo contenido ideológico es además múltiple, singularmente en el orden político. Frente al arabismo que presume de revolucionario en lo interior y de neutralista activo en lo internacional, se alza el arabismo tradicional, reformador con mesura o conservador en lo interno y oficialmente inhibido ante el enfrentamiento Este-Oeste, mas no por ello totalmente desvinculado de Occidente que tiene cuantiosos intereses económicos en ese sector del mundo. Arabia Saudita es el más prestigioso representante de ese arabismo que a fines de simplificación llamamos "tradicional", aunque sería preciso matizar la expresión al tratar, por ejemplo, del Líbano, sólo influido en escasa medida por la tradición islámica. Este "tradicionalismo" explica que el Imán El Badr hallara su más firme apoyo en Ryad, como el general Sallal en el presidente Nasser, la guerra del Yemen ha sido, por tanto, ocasión de enfrentamiento entre las dos grandes tendencias que, a bulto, dominan el mundo árabe, cada una de ellas con apoyos exteriores—la U. R. S. S. a favor de El Cairo, y los Estados Unidos, singularmente, a favor de Ryad²—. Así se justifica la preocupación internacional provocada por un conflicto que tenía lugar en un remoto rincón del globo. Los proyectos del presidente Nasser en cuanto al futuro de la Federación de Arabia del Sur, su liberación de la influencia británica, su unión con un Yemen totalmente republicano y, seguidamente, la unión de ese gran Yemen con la R. A. U., sólo podían suscitar grandes recelos en los dirigentes de la Arabia Saudita y, en consecuencia, medidas destinadas a impedir que se llevara a cabo plan tan peligroso para su futuro. De ahí el apoyo prestado al Imán Badr por Ryad, que no vaciló en llegar al borde del conflicto directo con la R. A. U. Basta echar una ojeada al mapa para comprender las razones de la firmeza de que han dado muestras lo mismo el rey Ibn Saud que el rey Faisal ante la perspectiva de un Yemen republicano. Entre la unidad árabe como tema de retórica y la realidad de ese concepto media el abismo de los intereses de cada una de las partes en que, se quiera o no, está dividido el mundo árabe, que se agita en busca de una postura que le permita no sentir sus males y lograr sus sueños.

Mas el hecho es que la R. A. U. no resulta ser estrictamente un país,

² La tendencia baasista, triunfante en Siria, tiene representantes en todo el mundo árabe, pero resulta combatida por el «tradicionalismo» y por el socialismo. De ahí que no se la considera como una fuerza concreta, lo cual no quiere decir inoperante.

sino símbolo de un cierto arabismo del que se ha convertido en portavoz y guía. Ello le impone desempeñar en la escena mundial un papel que rebasa las dimensiones nacionales. De suerte que su política exterior no puede proyectarse en la única dirección de los intereses nacionales, sino en la de los intereses regionales, lo cual explica en parte su aparente dispersión. De ahí también que la R. A. U. haga un acto de presencia en todos los grandes problemas del mundo actual, sean éstos los derivados de las tensiones entre Occidente y el comunismo en sus dos versiones, la soviética y la china, el Congo, el Sudeste asiático, las dos Alemanias, el Mogreb y en particular Israel, otro problema de ámbito internacional. Por tanto, la R. A. U. ha de hacer frente a un desequilibrio entre sus obligaciones internacionales y sus posibilidades reales, un poco como esos aristócratas que han de mantener su rango social con medios inadecuados. La guerra del Yemen, con ser limitada en definitiva, ha reducido sensiblemente la capacidad defensiva y ofensiva de la R. A. U., al extremo de hipotecar gravemente su eventual acción en el único terreno que—al menos en la teoría de los principios—aúne a todos los árabes: Israel. Tal ha reconocido el propio presidente Nasser al declarar en el pasado junio, en el Congreso de la Organización de la Liberación de Palestina, que “no era posible esa liberación mientras la R. A. U. tuviera a 50.000 hombres en el Yemen”. El remedio lógico era retirar del Yemen a esos 50.000 hombres y reforzar el frente árabo-israelí. Pero sólo bajo la presión de hechos cada vez más acuciantes, el presidente Nasser se avino a abandonar el proyecto de extender su influencia hasta el Sur de la Península arábiga, proyecto que durante tres años ha retenido su atención y orientado sus esfuerzos.

No se pretende decir, ciertamente, que la R. A. U., no más que los restantes países árabes, haya dejado nunca de preocuparse de Israel y sobre todo de sus planes de aprovechamiento de las aguas del Jordán que, entre los muchos motivos de discordia existentes entre los árabes y los israelíes, es acaso el más grave, al extremo de que podría originar un conflicto que, dadas sus repercusiones internacionales, sería susceptible de generalizarse. Así lo estima el propio presidente Nasser cuando no vaciló en declarar recientemente que: “La coexistencia entre los países árabes e Israel es imposible. La guerra es inevitable; si no tiene lugar en la actualidad, no ha de tardar mucho.” Esta afirmación sugiere que se le evidenció a El Cairo que la forma más adecuada de prepararse a un choque inevitable no era distra- yendo fuerzas armadas en un conflicto prolongado, militarmente insoluble y

que, además, conducía por sus pasos contados a un choque entre países árabes, choque que podía acarrear las más graves consecuencias para ese sector del mundo, incluso de lograrse su localización³. En cuanto a Israel respecta, a todos los antiguos motivos de rencor y tensión entre ese Estado y el mundo árabe, se agrega desde hace unos años la puesta en marcha de un plan puramente israelí de aprovechamiento del Jordán para regar las tierras desérticas del Neguev con el fin de asentar nuevos contingentes de inmigrantes. La primera fase del proyecto, realizado desde 1960, es recoger por bombeo agua del lago Tiberiades. Israel adoptó esta costosa decisión después de que fracasaran todos los planes de aprovechamiento mancomunado por Israel y los países árabes interesados—Líbano, Siria, Jordania⁴—. Durante años se habían sucedido los proyectos y los contraproyectos, las discusiones y las negociaciones para obtener un acuerdo entre Israel y los árabes, a fin de aplicar un plan que beneficiara a los cuatro países. A partir de la crisis aguda de 1965, Israel desistió de buscar una solución justa, iniciando unos trabajos que provocaron—entre otros incidentes—el que los árabes se inclinaron por un ingenioso plan de desviación de los afluentes del Jordán. Pero por desgracia para el bien común de los árabes, faltó la cohesión y la firme resolución de llevarlo a cabo sin demoras. Otras cuestiones desviaron la atención de los dirigentes árabes, algunos de ellos derrocados por golpes de Estado, hasta que, de pronto, el mundo árabe tomó consciencia de que el ininterrumpido avance de los trabajos israelíes significaba un peligro de nuevo afincamiento de inmigrantes en Israel y una creciente amenaza expansionista para los Estados árabes fronterizos, entre ellos la R. A. U., el

³ La ayuda militar soviética a algunos países árabes incrementó la demanda de ayuda de Israel a Occidente, su tradicional proveedor de armas. Recordemos a este respecto el pleito entre El Cairo y Bonn. Además, el interés de Occidente por la estabilidad de esta región, estabilidad basada en el equilibrio de fuerzas, se refleja en la declaración anglo-franco-norteamericana de 1950, según la cual: «... más allá de las fórmulas jurídicas está la preocupación de que Israel esté armado». Finalmente, la sincronización de la campaña anglo-francesa de Suez con la campaña israelí del Sinaí en 1956 es claro exponente de los apoyos, más que oficiales, reales, de que goza Israel.

⁴ El primer plan de aprovechamiento de las aguas del Jordán data de 1930 y el primer estudio de conjunto, de 1944, o sea con anterioridad a la creación del Estado de Israel (1948). El plan propuesto por la U. N. R. W. A. en 1953, modificado en 1955, fué rechazado por los árabes. La Liga Árabe presentó un contraproyecto menos favorables para Israel, que fué rechazado por este país. Vid. H. B.: «Le problème des eaux du Jourdain», *Revue de Défense Nationale*, París, junio de 1965, págs. 1008-1021.

país que quizá siente más a lo vivo ese peligro. Entonces, recuperando en meses los años perdidos, tres conferencias cumbres se celebraron en El Cairo, en las que se acordó un plan defensivo coherente basado en la creación de un mando militar unificado, cuyo jefe es el egipcio mariscal Amer; la elaboración de un programa de armamento y la desviación de los afluentes del Jordán, votándose con este fin un crédito inicial de 6.250.000 libras egipcias en la primera conferencia (enero de 1964). En la conferencia celebrada en septiembre de 1964, se decidió en primer término la construcción de una presa sobre el río Yarmuk, afluente del Jordán a su salida del lago Tiberiades y que en gran parte discurre por territorio jordano. El punto elegido para levantar la presa era lo bastante alejado de la frontera jordano-israelí como para no motivar demasiados choques armados, de temer en el caso del Litani y del Banias⁵. Seguidamente, en la reunión del pasado enero se acordó iniciar los trabajos en la fuente del Litani, sita en el Líbano. En razón de los estudios técnicos previos y del acopio de recursos económicos, se preveía un plazo de año y medio para acometer las tareas que, sin duda, tendrán ayuda por parte de los países soviéticos. Aunque todavía no ha comenzado la magna empresa de desviación de ese afluente, las astuciosas contramedidas árabes han suscitado inquietud en Tel-Aviv, donde cabe decir que el problema árabe tiene carácter preferente, por no decir único. Porque a pesar de las endémicas querellas de los árabes entre sí, se teme que la unidad de acción lograda en 1964 contra Israel sea lo bastante fuerte como para seguir resistiendo embates, toda vez que ha resistido los de año y medio de dificultades internas, de las cuales fueron las más sobresalientes la hostilidad entre la R. A. U. y el Gobierno baasista de Damasco, los roces entre Siria e Iraq y la cuestión yemenita que vino enfrentando a la R. A. U. y a la Arabia Saudita, o sea dos países que son los más poderosos del mundo árabe. Es decir, que el odio y el temor que suscita Israel sirve de aglutinante, es susceptible de limar las máximas asperezas, de allanar obstáculos aparentemente insuperables y hasta de lograr una acción conjunta. Por ello, estimamos que Israel ha sido el factor decisivo de la reconciliación entre el presidente Nasser y el rey Faisal y, por vía de consecuencia, del éxito

⁵ El nacimiento del río Litani está a cuatro kilómetros de la frontera del Líbano con Israel. El del río Banias, a un kilómetro de la frontera siro-israelí. Así se explican los innumerables incidentes de frontera, en su mayoría provocados por los esfuerzos de las patrullas israelíes para entorpecer los trabajos árabes.

de las negociaciones encaminadas a poner término a la guerra del Yemen, de todo lo cual la prensa ha dado amplias referencias.

Considerando los progresos realizados por Israel y la conveniencia de contrarrestarlos, concluir en alguna manera con la guerra del Yemen y aflojar la tensión con Ryad, son extremos que de tiempo se habían impuesto al presidente Nasser, no como un deseo, sino como una ineludible necesidad. Tal se desprende de las negociaciones celebradas en Ammam en noviembre de 1964 entre republicanos y monárquicos yemenitas. Los delegados llegaron entonces a un acuerdo—alto el fuego y celebración de un plebiscito para determinar la forma de gobierno—. Pero ese acuerdo no se reflejó en los hechos. La R. A. U. y la Arabia Saudita pudieron estimar demasiado aleatorio el resultado de un plebiscito que, forzosamente, a alguno de los dos países había de defraudar y ninguno de los dos dirigentes quiso correr el albur de “perder la cara”. La guerra, mejor dicho, la no guerra, dada la estabilidad del frente, se prosiguió, clavando al Cuerpo Expedicionario egipcio en el Yemen. El presidente Nasser tanteó entonces una fórmula política. En el pasado abril, Mohammed Noeman, a la vez republicano y opuesto a la intervención egipcia, fué invitado a formar gobierno. Se ha especulado respecto al maquiavélico propósito del presidente Nasser en aquella coyuntura. Sin embargo, la designación de Mohammed Noeman aparece como una manera hábil de buscar una salida airosa, en lo que cabía: la presencia en la jefatura del Gobierno yemenita de Mohammed Noeman era una garantía de que el Yemen, aun conservando el régimen republicano, prescindiría del apoyo de la R. A. U., apoyo del que la propia R. A. U. andaba necesitada. La resistencia del mariscal Sallal hizo fracasar la maniobra de reconversión de la política egipcia en el Yemen. Aprovechando el viaje a El Cairo de Mohammed Noeman, el mariscal Sallal, más nasserista que el propio Nasser en esta circunstancia, dió un golpe de Estado el 7 de julio pasado, constituyendo un gobierno compuesto exclusivamente de militares y deteniendo a varios ministros del Gobierno anterior, todos ellos pertenecientes a la tendencia independentista, cuya misión era conciliar a los grupos rivales. Prisionero de sus palabras y de sus declaraciones lanzadas a la rosa de los vientos, el presidente Nasser hubo de mantener el papel que se había asignado: el de incondicional valedor del Yemen republicano, lo cual provocó una creciente hostilidad con la Arabia Saudita, aunque posiblemente no fuera tanta de hecho como se quiso mostrar a la opinión pública, con el fin de mantener el prestigio del presidente Nasser ante el mundo árabe

no tradicionalista. La noticia de que el rey Faisal abrigaba el proyecto de ponerse al frente de una amplia Confederación de Arabia del Sur que formara parte de la Commonwealth no tenía otro fundamento que dar nuevo lustre al mito de Nasser, paladín de la libertad del mundo árabe.

Desgraciadamente, la poco retórica realidad hace que la defensa o la conquista de la libertad esté siempre condicionada—cuando no determinada—por los hechos. Y los hechos habían reducido la libertad de acción del presidente Nasser—esa libertad de acción sin la cual no hay libertad a secas—, ello no sólo en el ámbito militar y en razón de la guerra del Yemen. En el orden interno egipcio, existe un creciente malestar económico y financiero del que es exponente el déficit inicial del presupuesto 1965-66⁶, de suerte que uno de los temas que el presidente Nasser llevó en cartera en su viaje a Moscú a finales del pasado agosto era obtener una moratoria para el pago de los intereses devengados por los créditos soviéticos, singularmente 252 millones de rublos en mayo de 1964 y 350 millones de rublos en diciembre del mismo año. La crisis económica, lógicamente, ha provocado una reducción de la actividad, por tanto, paro, y una inflación que va en aumento, o sean, las condiciones básicas de una delicada situación política que siguen atentamente los oponentes al régimen, a quien aludió el presidente Nasser durante su estancia en Moscú⁷. Añádase a estas dificultades internas el aislamiento de la R. A. U. dentro del mundo árabe. En efecto, después del golpe de Estado del coronel Bumedian, la influencia egipcia en el Magreb ha quedado neutralizada al perder a su mayor, por no decir único, apoyo cierto en el Norte de Africa, dadas las reservas de Marruecos y la enemistad existente entre El Cairo y Túnez a raíz de las declaraciones del

⁶ Presupuesto 1965-66: Ingresos, 1.645 millones de libras egipcias; Gastos, 1.860 millones de libras egipcias, o sea un déficit inicial de 215 millones de libras egipcias. Se observa en este presupuesto un aumento de nueve millones con relación al anterior para la Defensa, de siete millones para la cooperación armada árabe y de dos millones para la ayuda militar al Yemen y a Argelia. Las cifras para el Yemen no reflejan la realidad. Se ha calculado un gasto de 30 millones de dólares mensuales para el Cuerpo Expedicionario. Vid. *Relazioni Internazionali*, núm. 24, 12 junio 1965.

⁷ Después de escrita esta nota, la prensa ha divulgado la desarticulación en la R. A. U. de un «complot» atribuido a los Hermanos Musulmanes que, hace años, fueron duramente perseguidos por el régimen nasserista, como posteriormente lo fueron grupos izquierdistas que actualmente están representados en el Gobierno. Vid. Paul-Marie de la Gorce: «Problèmes égyptiens d'hier et d'aujourd'hui», *Politique Etrangère*, París, núm. 2, año 1965, págs. 161-172.

presidente Burguiba sobre Palestina. De otra parte, los recelos del Líbano frente al resto del mundo árabe, la oposición de Siria, la hostilidad de la Arabia Saudita y la prudente expectativa de Jordania sólo dejaban al lado de la R. A. U. al Iraq, donde se enseñoorea el desbarajuste político. La situación se imponía, pues, necesitada de una de esas reconversiones que tan penosas resultan a todo dirigente, sobre todo, como es el caso, cuando tiene tendencia a situar su acción política en el plano de la propaganda, tal vez llevado de su fe subjetiva en el éxito. Pero de Israel vino el empujón decisivo para que el presidente Nasser decidiera salir a toda costa del avispero político-militar del Yemen, ya que Israel no sólo progresaba en la realización de sus grandiosos planes hidráulicos, lo cual era grave para el futuro, sino que empezó a considerarse en ciertos círculos de Tel-Aviv la conveniencia de llevar a cabo una acción preventiva para dar al traste con los protegidos de los planes árabes relativos a los afluentes del Jordán. Los partidarios de tal medida, entre los que figura, al parecer, el general Dayan, antiguo jefe superior de las Fuerzas Armadas israelíes, recuerdan que así se logró en 1956 la libertad de navegación por el Golfo de Aqaba. Aunque el llamado "espíritu de El Cairo" haya sufrido recios golpes en el transcurso de año y medio, la Conferencia de Jefes de Gobierno árabes del pasado mayo terminó, sin embargo, con unos acuerdos en que se reiteraba la voluntad de consolidar el mando unificado y de llevar a la práctica en los plazos más breves posible los planes adoptados para desviar los afluentes. Ello podía significar una coordinación continuada de los esfuerzos árabes contra Israel, es decir, un peligro para éste. Pero el acuerdo árabe daba por su puesta la participación activa y eficaz de la R. A. U. que, precisamente, no se hallaba en condiciones de asumir su papel para poner cortapisas a la acción de Israel, fuera ésta preventiva o no. Por lo demás, la amenaza expansiva que a corto o largo plazo Israel hace gravitar sobre el mundo árabe afecta en primer término a la R. A. U. Estas circunstancias justifican que el presidente Nasser tomara un viraje que le permitiera estar en adelante en estrecha colaboración con los demás países árabes, al menos en el orden militar, y ocupar el puesto que le corresponde en la lucha común contra Israel, la única que permite al mundo árabe presentarse realmente como una comunidad.

Los acuerdos de Yeddah, del pasado 24 de agosto, han establecido las bases teóricas de la paz en el Yemen, mas no parece fácil llevarlas a la práctica. Un referéndum fijado para noviembre de 1966 permitirá a la mayoría

del pueblo yemenita decidir qué régimen ha de adoptar el país: el monárquico o el republicano. Entretanto, el orden y la marcha del Yemen será asegurado por un Consejo de Asociación que agrupe a representantes de las dos tendencias opuestas, el cual contará con el apoyo de una fuerza mixta egipcio-saudita. No parece que la solución del problema haya sido objeto de minuciosos retoques para asegurar su éxito ni que ofrezca grandes garantías de prosperar un plan de pacificación que no han firmado ni el Imán El Badr ni el mariscal Sallal y que, sin embargo, acarrea la eliminación política de alguno de los dos y acaso de ambos. Lo que sí ha resultado bien definido—al menos de momento—es la reconciliación entre la Arabia Saudita y la R. A. U., lo cual permite a este último país retirar del frente político del Yemen un Cuerpo Expedicionario cuya presencia puede ser requerida urgentemente en frentes militares. También ha resultado claro que el acuerdo no lo han logrado los representantes de los bandos en lucha, sino el rey Faisal y el presidente Nasser, hecho éste que proyecta una luz meridiana sobre las dimensiones reales de una guerra que desde hace tiempo había traspasado los límites de una contienda civil para convertirse en pretexto de una acción que, de haber sido llevado a cabo por una potencia occidental, habría sido calificada de “imperialista” por los neutralistas del mundo entero. La empresa, imperialista o liberadora, ha sido cualquier cosa menos un éxito para la R. A. U., aunque se haya velado discretamente este aspecto de la cuestión insistiéndose, en cambio, sobre la recobrada paz y la reconciliación entre países árabes. Oficialmente no ha habido ni vencedores ni vencidos, pero la Arabia Saudita ha logrado de momento su objetivo: apartar a la R. A. U. de ese sector de la península arábiga cuyo equilibrio y *status* tradicional amenazaba. Es posible y hasta muy probable que en el Yemen se sigan produciendo luchas y desórdenes y que éstos repercutan en la Federación de Arabia del Sur, ya en proceso de desintegración antes de haberse integrado, pero todo sucederá en cierto modo a puertas cerradas y entre vecinos próximos, aunque todo el mundo árabe aspire a la liberación de esos territorios de la tutela británica. Es una fórmula más tranquilizadora para Ryad y para los países árabes que se encontrarán en mejores condiciones para organizarse frente a Israel, si tal quieren realmente. Ello bien merecía que el presidente Nasser fuera a Canosa, queremos decir, a Yeddah.

FERNANDO COLL.